

REAL ACADEMIA DE JURISPRUDENCIA Y LEGISLACIÓN

CONFERENCIA

DEL SEÑOR

D. GERARDO DOVAL

Pronunciada en la sesión pública de 14 de Febrero de 1916.

TEMA:

Política española en Marruecos.



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE JAIME RATÉS

Costanilla de San Pedro, número 6.

1916

REAL ACADEMIA DE JURISPRUDENCIA Y LEGISLACIÓN

CONFERENCIA

DEL SEÑOR

D. GERARDO DOVAL

Pronunciada en la sesión pública de 14 de Febrero de 1916.

TEMA:

Política española en Marruecos.



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE JAIME RATÉS
Costanilla de San Pedro, número 6.
1916

SEÑORAS Y SEÑORES ACADÉMICOS:

Como ya lo sabéis vosotros, hay voces que para siempre dejan eco en el alma: son las voces de aquellos que comenzaron el trabajo con nosotros; y hay muros que no se apartan jamás de nuestra vista: los de la casa donde hemos luchado.

Pons, aquel amigo antiguo y del alma, me llamó á esta Casa después de tantos años de ausencia de ella; aquí me preparé para la lucha de la vida; aquí, él, Piniés, Osorio, Crehuet y tantos y tantos otros cuyo número no tiene fin, me enseñaron, me prepararon para que cuando marchase de aquí comenzara fuera el trabajo de la vida; y ese trabajo lo conocéis vosotros, y es completamente distinto de aquel que tengo que hacer esta noche; por eso vuestra benevolencia tiene que ser elevada á la categoría de perdón para mí, porque salí de esta Casa para unir mi corazón y mi esfuerzo al corazón de los hombres que mayor pena sufren en la sociedad, y á los hombres á quienes me he dirigido pidiendo justicia, no lo hice por el camino de la razón fría, sino por medio del corazón.

Tengo, pues, el hábito de ir de corazón á corazón,

pero no de entendimiento á entendimiento y con la crítica serena y fría que es menester que esta noche se ponga en acción.

Ved la dificultad que implica para mí esta conferencia; y si no hubiera sido por la sugestión de Pons al invitarme á darla, seguramente yo no hubiera ocupado esta tribuna, que es para aquellos que me precedieron y para los otros que han de seguir, pero no para mí.

En aquel sitio donde he dicho, todo tiene que ser improvisación: improvisación de pensamientos, improvisación de sentimientos y hasta improvisación de palabra, porque todo acaba de pasar rápidamente ante los ojos y es indispensable recogerlo para que ello sirva para un veredicto justo que siempre es el absolutorio.

He aquí por qué esta noche, al desarrollar el tema que está anunciado, he de encontrar tales dificultades ante vosotros, que os las presento previamente á fin de que preparéis el espíritu para tener conmigo hasta ese límite el perdón, empezando por el camino de la benevolencia. Y ¿por qué este tema, si yo había de encontrarme con estas dificultades, al volver á esta Casa, que es la Casa de todos mis recuerdos, porque no hay casa como la casa en donde se nace y donde se prepara uno para la vida? ¿Por qué este tema y no uno de esos que son de mi peculiar trabajo en la vida social? Esta era una satisfacción que yo debía á la Academia.

Allá por el año 1908, en Barcelona preparaba el estudio de diez y ocho sumarios que habían de servir de fundamento á la acusación en la causa del terrorismo, causa que con ella se enlazan los acontecimientos que se habían realizado en Madrid cuando el matrimonio del Rey y que son la base de preparación para los

acontecimientos de 1909; y cuando me hallaba en esto, Corbella, aquel representante y encarnación de los Centros Comerciales hispano-marroquíes, me invitó á ir á Zaragoza al Congreso que celebraban esos Centros, y fui para estudiar; era la primera vez que yo separaba mi humilde entendimiento de aquellas labores á las que tenía hábito; problemas especiales del orden social no había abordado ninguno; allá en la juventud, cuando estudiante, el problema ibérico, porque eso es patrimonio de todos los alumnos de la Universidad de Santiago. Aquella Universidad con sus estudiantinas ó tunas, eligiendo su Junta directiva, preparaba la unión de todos los espíritus para que fueran á visitar Portugal, á establecer una corriente de unión entre Galicia y Portugal, por confederación ó por federación, como queráis, que en eso no hemos de entrar esta noche, no es preciso decirlo; pero sí era preciso que se unieran Portugal y España, fuera en la forma que fuera, y Galicia había de ser la intermediaria. Este es el fin de las estudiantinas ó tunas de allí. Como yo he tenido el honor señalado de presidir una, he ahí el motivo de haber estudiado en aquel entonces el problema ibérico; pero desde entonces, absolutamente nada.

Dividido el Congreso de Zaragoza en Secciones, estaban casi todas ellas presididas por el actual Ministro de Estado, Sr. Villanueva. ¡Y qué labor, qué acción tan fecunda, qué entendimiento tan sutil ha dominado en todas las cuestiones que á África se referían! Fué el alma del Congreso. Y aquellas conclusiones están en pie y, como luego se va á ver, fueron reproducidas después en el año 1911 en Melilla al terminar la Asamblea que se ha celebrado estando S. M. el Rey allí y el Presidente

del Consejo de Ministros, el nunca bien llorado Sr. Canalejas. Terminaron las funciones de aquel Congreso; la labor para los congresistas ha sido fecunda. Yo no me atreví entonces á salir de mi papel de mero espectador, ni por tanto, quise otra cosa que contemplar las lindes y ver las líneas del problema que se estudiaba y que de modo tan trascendental afectaba á mi patria.

Y convencido allí, entonces, de que el porvenir de España está en África y que no era una letanía ó monserga á la cual habían de responder dos coros distintos, uno que dijese, como se ha dicho por algunos, «liberanos domine», y por otros «realícese cuanto antes». De todos modos, el problema es la suerte de España; claro que si á mí se me ofreció entonces, era preciso también que humildemente lo estudiara, no para dirigirlo y para enseñarlo, sino para capacitarme y oír á quien quisiese enseñar y dirigir. Y más tarde se celebró el mismo Congreso de los Centros Comerciales hispano-marroquí aprovechando la Exposición de Valencia, y en el año 1911, sobre el terreno, en Melilla, asistido de la Majestad, se estudiaba el problema viendo si era preciso dejarlo ya abandonado para siempre ó era posible abordarlo de una manera definitiva. Claro que entonces era de una importancia excepcional, por la relación que implicaba para España mantenerse en armonía ó en discrepancia con Inglaterra ó con Francia, y excuso decirlo que esta guerra ha hecho crecer este problema. Sea el juicio cualesquiera que hayáis formado de ella, la guerra actual es, en mi humilde parecer, una guerra de razas: ó la sajona triunfa, ó la germana; España, á la hora de la neutralidad, cierra sus labios y no pronuncia palabra; pero tiene que estar en expecta-

ción para pensar en el problema de Marruecos. Después que triunfe cualquiera de las dos, ¿cómo queda? Era pensamiento, aquel soberano pensamiento de nuestro Costa, que así como para la armonía del mundo se necesitan dos hemisferios, así, andando el tiempo, y no faltan muchos años para que se concluya la labor, se necesitan dos razas para establecer el equilibrio social; pensaba él entonces, lo razonaba y demostró en el año 1884, en aquel famoso discurso que pronunció el 30 de Marzo de ese año, que habían de ser las razas sajona y española. ¡Cómo él entonces observaba que la raza sajona se iba extendiendo por el mundo y tomando posesión de su mitad! ¡Cómo la raza española, aprovechándose de la italiana, se convierte en la República Argentina en española; cómo aprovechándose de la raza francesa, que también en la Argentina y en el Uruguay se convierte en española, y cómo la española misma, que se convierte en francesa en Argelia! Pensaba él entonces que estaban esas dos razas una enfrente de la otra para mantener el equilibrio social, de igual manera que los dos hemisferios, en el orden material, mantienen el equilibrio del mundo.

Pero la guerra actual tiene al mundo en revolución. Es, como también decía él sabiamente, no algo que ha de mirarse á primera vista, sino que volviéndose á mirar y repitiendo la mirada, acaso se descubra que son completamente similares las guerras á esas grandes inundaciones: triste es la guerra, porque lleva aparejada la muerte; triste, tristísima, la tormenta y la inundación, porque también arrastra y lleva el fuego de un lado y el agua de otro: Neptuno y Vulcano; al fin, la Muerte. ¿Y qué hacen las inundaciones, decía Costa,

más que preparar, con nuevos detritus que bajan desde la montaña, el terreno para que luego las cosechas sean más abundantes? ¿Qué es la guerra sino aquel camino por el cual la Humanidad va dando saltos y saltos y llega á su perfección y progreso?

Pensad si el hecho es cierto; la Historia no da conocimiento de otro. De igual manera que la evolución de la edad está representada siempre por alteraciones de la salud, porque á los tres años, á los cuatro, á los siete, á los veintiuno, cada una de las transformaciones, tanto en el hombre como en la mujer, van preparando una enfermedad ligera ó profunda, así también los grandes acontecimientos sociales siguen esa misma ley de la Naturaleza indudablemente; pero una guerra, un altercado, una guerra que casi es universal dentro de ese gran reparto entre todas las naciones que se revuelcan sobre un gran charco de sangre, viendo levantarse ante ellas el estandarte de sus libertades, también ha de experimentar ese cambio psicológico que tan lamentable ha de ser en la historia de la Humanidad. Cada nación está enseñando cómo está constituida. De esta guerra tan trascendental pende el triunfo de la raza germana ó de la raza sajona; una ú otra ha de triunfar, y por eso hubiera deseado, no que los grandes hombres de mi patria estuviesen hoy apercebidos para el régimen de la Patria, sino esperando el día de la paz; entonces es cuando hace falta que desenvuelvan todas sus actividades y acciones, y ahora lo preparen para que sepan cómo ha de quedar este problema, que es el problema de nuestra Patria. Y debe ser de trascendencia, porque aquel ilustre jefe mío, siendo solamente Conde de Romanones, aprestóse al viaje; el Rey lo hizo, el inmortal

Canalejas no regateó un momento su viaje también; ellos son los directores de la vida de la Nación, y esto solo bastara para ponernos en cuidado y pensar que el problema es de trascendencia. Y si fuese capaz de formular apotegmas, yo diría: No deseo oír á ningún español que perdamos un pedazo de tierra, ni uno solo; no quiero oír á ningún español decir que nosotros no hemos de ir á África y á donde podamos, hoy aún mejor que en el siglo xvi; á África hay que ir, pero sin ceder un solo palmo de tierra y á tratar de conquistar todo lo que podamos, porque aquel principio de Costa, aquella visión de Costa refiriéndose al equilibrio social por medio de las dos razas, está en pie: sajona ó germana, enfrente de la española; para eso es preciso difundir la raza, para eso es menester tierra, para eso hay que colonizar.

¿Cómo se ha de colonizar, cuánto se ha de gastar, en qué forma?

El problema ha de tener solución; pero no debemos abandonar el problema para no parecernos á aquellos avestruces que en el desierto, para huir de la dificultad, hunden la cabeza en la arena y no saben que el peligro está encima. Serenamente hay que afrontarlo, y aquellas breves consideraciones que he de hacer esta noche á través de aquel pensamiento soberano de Costa, las he de hacer para derivar la misma conclusión, porque hoy, como entonces, está en pie el problema, sin haber cambiado substancialmente ni en una sola cifra.

Pensaba él, y pensaba bien, que para resolver un problema es preciso plantearlo antes, porque de su planteamiento depende la solución, y que para plantearlo bien hay que conocer las dificultades, de igual manera

que hay que conocer el origen de la enfermedad para diagnosticarla; y él comenzaba por estudiar la situación de España y de Marruecos, y viéndola frente á frente, estudiaba en primer término su geografía, estudiaba después la sangre de ambos pueblos, seguía estudiando su historia, y, por último, su cultura; y sobre estas cuatro columnas asentado, levantándose sobre ellas, mirando al Cielo, pensaba en los dos corolarios indefectibles de los que hay que arrancar. Primero estudiaba la geografía, repito, ¡no había de hacerlo! Aquel pensamiento soberano, representante de la época española; aquel genio, aquel corazón de león enjaulado, rugía siempre porque le dolía, aun siendo jaula de oro, aun siendo la jaula de España en que vivía y en que había nacido y en que quería haber nacido, decía él, antes que haberlo sido en Inglaterra, que era nación y ciudad formada, quería haber nacido en España, que tenía la cruz aún y estaba en formación. Y vivía siempre lleno de pesadumbre y de coraje y se desesperaba, porque él pensaba y veía con tanta claridad lo que debíamos hacer y, sin embargo, que permanecíamos inactivos; y decía él, con respecto á la Geografía: ¿Qué es lo que separa á España de Marruecos? Y como alzándose en aeroplano y tendiendo su mirada, veía por el Norte los Pirineos, por el Sur el Atlas, y veía que las montañas estaban cubiertas de nieve perpetua y veía una planicie y un estrecho y otra planicie, y decía: ¿Qué diferencia hay en el estudio del paralelo de aquélla y de ésta, la geografía meteorológica de aquélla y de ésta, la forma de cultivo y la época de hacerlo? Todo absolutamente igual. Dólmenes, menhires, túmulos; pero ¿qué hay aquí? ¿Es la raza celta la que se extendió por Es-

paña y atravesando el Estrecho fué allá, ó no había Estrecho aún? Dólmenes, menhires, túmulos: ¿qué son éstos que no corresponden de una manera acabada y hacen siempre que al entrar en Marruecos y examinar los dos tercios de la población y ver los ojos azules, los cabellos rubios, no hemos de creer que coincide aquella sangre con nuestra sangre nacional de una manera acabada? ¡Ah! Estamos dentro del mismo suelo y no hay más que una inmensa cuenca: el Estrecho, que es una ventana abierta, puerta abierta, para poner en comunicación los habitantes de la misma casa; no montañas que se levantan para separarnos; todo igual y común allá y acá, esa es nuestra geografía.

Y si además de esto se ve que el Estrecho no es más que un gran canal ó río, ¿va á compararse con el Amazonas, que de una orilla no se ve la orilla opuesta? Y aquí buen cuidado tuvo Corbella de regalar á cada uno de los alumnos, á los niños de las escuelas, para que se vayan formando idea de nuestro problema en Marruecos, unos pañuelos y unas carpetas que tienen en la parte inferior la Geografía de España y en la parte superior la Geografía de África, y en medio del Estrecho un puente, como si sólo estuviera esperando el Estrecho de Gibraltar que sobre él un puente se alce y permita el paso firme por encima de las aguas. ¿Cómo va á ser elemento de separación? Y estudiaba después la sangre nuestra y la sangre de los bereberes de Marruecos, que él hallaba completamente igual, que no había término de separación entre ninguna de las dos razas; porque de igual manera que la Geografía determina entre los hombres la formación de sus cuerpos, que no en balde se dijo que Adán significa tierra roja y que la tierra es

una parte substancial del organismo del hombre, que al fin nuestro insigne poeta lo cantó llamándolo pedazo de cielo y jirones de barro. Si el fin en el hombre es el pedazo de tierra y la composición suya de tierra es, ¿qué duda cabe que aquella aldea en que nace y vive y la uniformidad aquella en que varios hombres viven, han de determinar cualidades semejantes en esos hombres que allí nacieron y viven?

Y cuando estudiaba la sangre, recordaba aquello que los médicos hacen preguntando á cada uno por sus antecedentes, por los de sus padres y aun de sus abuelos, y marchando á través de las generaciones que fueron, infieren y estudian la sangre actual, y de igual manera decía, por eso Dupuytren, eminente cirujano francés, y Costa, el aragonés insigne, «la sangre que lo es todo», estudiemos la sangre de los bereberes y estudiemos la sangre del español. ¿Y qué resulta? La misma sangre y la misma raza, acaso esa misma raza céltica que aquí ha venido; entonces, ¿qué duda cabe que somos de la misma familia? Y contemplaba aquella raza céltica que volvió, y miraba los bereberes que con Tárik vinieron y han venido también los amuditas, de los que formó el califato de Damasco y después el de Córdoba, y los almoravides y los almohades que han convivido todos unos con otros en España, y estando todos reunidos y en conjunto marcharon unidos en la misma religión ó teniendo cada uno la suya, pero respetando como una la libertad de conciencia que hoy quisiéramos tener; como si fuera una libertad religiosa que era el pasmo de los extranjeros. Y si entonces han convivido con nombres distintos, pero en familia común; si entonces los matrimonios fueron frecuentes, si los apellidos que allí se en-

cuentran son de origen español, si un número inmenso de apellidos de los que aquí tenemos son de origen berebere, si todo nuestro idioma está sembrado de palabras de ellos, si todo nuestro suelo está sirviendo de base á monumentos que ellos erigieron, ¿cómo no ha de inferirse que tenemos sangre de ellos y que ellos tienen sangre nuestra?

Y cuando él fijaba su atención soberana en los tres puntos que había de estudiar y que tan al detalle estudió en aquella famosa conferencia la parte histórica, no cabe dudar que aquel pueblo y el nuestro forman un solo pueblo.

Tres ciudades allá y tres en España: Toledo, Sevilla y Córdoba; Kairoan, Fez y Marruecos, ¿qué son? Capitales de España y capitales de Marruecos conjuntamente en cada época de la historia.

Toledo, Sevilla y Córdoba, capitales de Marruecos y de España; Kairoan, Fez y Marruecos, capitales de España, según estábamos vencedores, ó vencidos y de Marruecos. Y ved cómo después de este punto fundamental tan maravillosamente estudiado, infería que la historia de Marruecos era literalmente la misma historia de España, y cómo una mano providencial estaba tejiendo un acontecimiento para responder á otro acontecimiento igual en España.

En el siglo XII se levantaban dos Giraldas, una en Marruecos y otra en Sevilla, y parece que tenían el destino de que el hilo de la Historia con su color dorado y reuniendo otros colores del arco iris, había de marchar de allá para acá, para tejer la historia de Marruecos y la historia de España, para que ofreciera á la época presente una sola historia.

Así se pensó en tiempos de Sisebuto y se dijo: Vamos allá, que ya se encargarán de traer aquí sus industrias los bereberes. Se pensó en que haya un Rey que tome por guardia á sus «numios» de un grupo de bereberes, y habrá también algún Emperador de Marruecos que se haga guardar por una guardia de caballeros españoles.

Y terminaba el examen para deducir su corolario estudiando la cultura en este punto, y en él fijaba su palabra, de la que había de arrancar su estudio para derivar la primera consecuencia. ¿Es que la cultura oriental es incompatible con la nuestra? ¿Es acaso que lo que ellos aprendieron y estudiaron fué refractario al espíritu español, bien por motivos religiosos ó por motivos de raza? Desde el momento en que se habla de que todo lo que es oriental, á España ha sido traído por los bereberes, no podía ser la raza quien había de estar en oposición, puesto que su cultura y todas sus cosas, absolutamente todas, para nosotros fueron.

Una sola unidad de cultura existía entonces en España y en Marruecos; nada sabíamos, pese á los progresos del cristianismo; entonces la cultura estaba en la media luna.

Ellos, por medio de sus maestros, tuvieron que enseñarnos, en primer término, Medicina. Arnaldo de Villanueva, aquel inmenso médico catalán de fama europea, por ellos está formado. Ellos enseñaron Farmacia y Química, que en la India habían aprendido; ellos trajeron las ecuaciones de primero y segundo grado, y por ellos aprendióse, en suma, bajo todos los aspectos, una cultura que Roma aún no nos había enseñado. De Marruecos son las industrias de España; Roma, después de su lengua, después del Derecho y después de las Letras, nada

trajo. Ciencias en realidad, en sus múltiples manifestaciones, y la administración misma, la agricultura, la industria y el comercio, ¿de quién son? De ellos, y sólo de ellos. Y eso lo han creado de tal modo, que no solamente lo han implantado y dejado aquí, sino que además nos dejaron la palabra.

En la arquitectura, en la agricultura y en la industria, encontraréis muchas palabras de que se valen para designar las cosas, para designar los productos, y veréis en la arquitectura que aquello que se levanta, absolutamente todo, de ellos es, y seguimos empleando los conceptos de su lenguaje que ellos nos dejaron; y si hubiéramos seguido en la altura en que ellos nos abandonaron, cada una de estas manifestaciones de la vida, de igual manera que otras muchas cosas, hubieran progresado y la herencia que de ellos tuvimos hubiera sido aumentada considerablemente.

Todo el que recorre las ciudades españolas, sobre todo aquellas que exhiben lo que maravilla á propios y extraños, aquello que sirve para que el hombre estudie y se deleite, aquello que se enseña como ejemplos de civilización y que sirve como guía y norte para el progreso, ellos, aun en las ideas modernas, fueron realmente los que dieron fe y levantaron todos esos monumentos.

Toda la herencia de Zaragoza, Granada, Sevilla y Córdoba que nos han dejado ellos, y renuncio á decir el símil que salió de aquel corazón tan inmenso, hasta las cunas en que dormían sus hijos que despertamos brutalmente para hacer que los nuestros fuesen á dormir á ellas, cuando en 1609 los arrojamos de aquí, y la conclusión que él derivaba después de situarse en estas cuatro

columnas que él levantaba previamente, eran, fueron, pues, los bereberes nuestros maestros y á ellos debemos respetar; ellos son nuestros hermanos, porque confundieron su sangre con la nuestra y les debemos amor, y ellos fueron nuestras víctimas, porque arrojados inícuamente fueron, para vergüenza nuestra, para su miseria, además de que aquello fué la causa y de aquello viene la ruina actual.

Entonces teníamos industrias cuyo movimiento pasma y maravilla el pensarlo por la altura á que habían llegado; pero ¿cómo las encontramos hoy? Ayer mismo en El Escorial, viendo algunas de las cosas que en la industria española eran productos usuales, se queda uno maravillado al saber que aquellas industrias ya no existen. Y ¿de dónde proceden? De los bereberes arrojados de España, aquellos que aun habiendo tenido el cuidado de dejar el 6 por 100 para que fuesen maestros de las industrias nuestras y en cada una de las ciencias que en España había, aquel movimiento fué lentamente perdiéndose para que con su desaparición se perdiera todo aquel emporio de saber y de riqueza.

Si, pues, fueron maestros nuestros y son hermanos y además son nuestras víctimas, ¿qué política debemos seguir en Marruecos? La contestación ahora sí que es sencilla y obvia: tiene que ser política reparadora, tiene que ser política de amor, tiene que ser política de reciprocidad la política que en Marruecos se siga.

Y pensaba aquel gran patricio que es absolutamente indispensable hacerlo así, y se lamentaba contra la posibilidad de que alguno dijese que no estábamos en condiciones de hacerlo, y decía: si mi Patria no estuviese en condiciones de hacerlo, yo se lo aconsejaría, sin em-

bargo, yo se lo rogaría y se lo pediría aun á costa de mi sangre. Porque de igual modo que Inglaterra ha hecho resurgir á Grecia, de igual modo que Francia ha hecho resurgir á Italia, como recuerdos de aquellos grandes poetas, de aquellos grandes filósofos, y se ha hecho resurgir á Italia y á Roma en recuerdo de sus grandes legisladores y de que fué la madre de las naciones de la raza latina, ¡ah!, decía él, así Marruecos es preciso que resurja y que España, dando señales de vida, ponga mano á la obra y realice la labor, porque el polvo de los huesos de aquellos filósofos, de aquellos arquitectos, de aquellos poetas, sigue nutriendo nuestras plantas, y su espíritu, como oleada eléctrica, se levanta de la tierra para venir á circular por todo el sistema administrativo de España.

Si, pues, tales cosas han hecho, es absolutamente indispensable no volver la vista atrás y cumplir estos deberes; que la nación que no los cumple, á la manera de los individuos, muere. Nación que no deja en el Registro civil señales de haber engendrado, de haber levantado algo bueno y de haber hecho que sus deberes morales sean prácticos, está en camino de desaparecer.

Por parte de España, es absolutamente indispensable poner la mirada en Marruecos para cumplir aquel deber que arranca de aquellas tres manifestaciones de la vida, que él hacía constar, de maestros, hermanos y víctimas.

¿Y cómo realizarlo? La labor ha de ser respetando su independencia. ¿Y quién piensa ya en que España conquiste á Marruecos, ni quién piensa en que Marruecos conquiste á España? Nadie.

Pero es absolutamente indispensable, dentro del respeto á la independencia de la nación, que la cultura

resurja y se levante, para que esté en condiciones de ser constantemente nuestra aliada y la que se encargue de la defensa de nuestro suelo, porque si éste ha de ser respetado por las consideraciones antes dichas, más cuidado aún ha de poner España que ninguna otra nación para que esa independencia no se mixtifique con el protectorado.

Si fuese indispensable después de la declaración de la guerra y preparándolo ahora para cuando termine, renunciar á los Tratados existentes; si fuese menester hacerlo, porque no hay posibilidad de dejar á España entre dos Francias ó entre dos Inglaterras ó entre dos Alemanias ó entre dos naciones extrañas, sean las que fueren, España, en su vida, es absolutamente indispensable que tenga no sólo su territorio hasta el Estrecho, sino la faja Norte de África, para que sirva de defensa, porque ahí quedaría expuesta á quedarse sin vida.

He ahí cómo el problema tiene honda trascendencia y cómo es absolutamente indispensable, dentro del respeto de aquella independencia de Marruecos, que necesita que nosotros procuremos impedir que se quebrante por todos los medios posibles, y, sin embargo, ahí está nuestra labor y nuestro sacrificio, que otra nación pudiera hacer que quedase sometida á su régimen, á su vida y á su protectorado.

Y esto es lo que debe hacer España; la realización de esta labor ¿en qué términos se cumple?

Decíase ya, que para resolver el problema no habría más que pensar en observar bien y en aplicar aquel sistema que ellos aplicaron para traer toda su cultura oriental, que también enviaron al resto del mundo por mediación de España. Hagamos lo que ellos hicieron enton-

ces; pensemos que tenemos á Melilla, á Ceuta y á Fez, aunque no sean nuestros, y pensemos que en esas tres ciudades pudieran tener establecimientos de enseñanza, que en esas tres ciudades pudieran levantarse nuestras industrias, que con ellas podríamos realizar nuestro comercio y llevar toda nuestra vida, aquella vida que tenemos, para infiltrarles todo lo que necesitan á fin de que el resurgimiento fuese positivo y seguro para igualarse con nosotros. Ese es el término. Y esto ¿á costa de qué se ha de hacer?

Se ha pensado ya mucho y se ve sin embargo con ostensible indiferencia, porque yo declaro que desde aquel Congreso á que asistí en Zaragoza en el año 1908 hasta la fecha, el adelanto ha sido insignificante; la protección, tanto del Gobierno como del pueblo español, ha sido pequeña; los Centros Comerciales hispano-marroquíes han empezado su labor estableciendo aquí escuelas de árabe vulgar, establecimientos de exposición de productos marroquíes, y en Ceuta y en Melilla la enseñanza de la lengua castellana, establecimientos de exposición de productos de la industria española, y esto cuesta mucho cuando los pueblos no ayudan la labor, cuando los Gobiernos, acicatados por los pueblos, no tienden su mirada protectora, y entonces la labor individual encuentra tales resistencias que hay horas en que el desaliento llega al espíritu.

Era menester ver la organización secreta, que desconozco en absoluto, de los Centros hispano-marroquíes y que tanta actuación tienen, para poder prestarles servicios sin sentir el estímulo de la recompensa ni las malas pasiones despertase en el corazón del hombre, y á pesar de su organización, porque yo jamás he visto en

esto otra cosa que el movimiento externo de la encarnación que de ellos mostró Corbella.

Pero la parte externa y su espíritu vive olvidada, hasta el punto de que por primera vez en Melilla, cuando allí colocaba el Rey la primera piedra del edificio que ahora se va á inaugurar, de 10.000 metros cuadrados de área, y me decían, «ponga usted una paletada pronunciando el nombre de D. Eduardo Saavedra», yo no sabía lo que representaba aquel nombre que era el espíritu comercial de los Centros hispano-marroquíes. Pues bien, á pesar de esta organización, la resistencia fué formidable y sigue siéndolo. ¿Pues qué piensa el pueblo en primer término (que yo no le hecho la culpa á los Gobiernos sólo), qué piensa el pueblo de estos asuntos y de la posibilidad de que hayamos de llevar allí espectáculos tan hermosos como ese de que hablaba, en los que puedan intervenir las juventudes actuales, y aun quizá, las generaciones que no han nacido?

Es absolutamente indispensable ver cómo se hace eso sin gastar del presupuesto, cómo se realiza la labor á que vengo refiriéndome para que sea provechosa y para que puedan aprovecharse también lo que hubiera de quedar de las subvenciones insignificantes que se han concedido, como aquella de 25.000 pesetas que se dió; pero andando el tiempo y en estos años se instituyó también el Centro de Estudios Africanistas, y ¡qué alegría tan inmensa el saber que tiene su asiento precisamente en esta Casa, que aquí se están preparando los hombres que acaso den lugar á que la suerte de la protección que vamos á dispensar á Marruecos, que es absolutamente obligado que le prestemos, se haga fecunda y no sea estéril y que sirva para algo, que no sea odio en contra nuestra, que

es al fin y al cabo á lo que debemos aspirar después de tantos sacrificios como hemos realizado en África y como sufrimos en América!

De ordinario, tanto los hombres como los pueblos tienden á disculparse siempre con la ingratitud, el odio, la aversión y el abandono en que se encuentran á la hora en que sus necesidades reclamaban auxilio de aquel á quien se hubiese protegido.

Suelen los hombres decir en las horas de su amargura, si el amigo á quien ampararon no les tiende la mano, es un ingrato y un malvado, y acaso muchas veces nosotros mismos tenemos la culpa de aquel abandono y de aquella aversión.

Haciendo examen de conciencia, tanto los hombres como la Patria, no se puede pensar que la forma, con respecto á nosotros, de proceder en América, sea la fuente del odio que ahora lamentamos, porque ahora empieza á subir todo lo que, como sabéis, fué engendrado antes, y quizá aquel mismo odio fuera la causa de la muerte de nuestra unión.

Aquí se prepara, en el Centro de Estudios Marroquíes, una juventud que salió de las Universidades, y esa es, con los Centros hispano-marroquíes ó sin ellos, la grande esperanza, en mi humilde pensar, que podemos tener.

Á Marruecos nadie debe ir con destinos para regir en aquel país como nó esté capacitado con la lengua y como no lo esté por sus conocimientos, por su saber y por su derecho. En posesión y capacitado de todas esas circunstancias que en aquella tierra se necesitan, puede consentirse que sean autorizados; pero con ese desconocimiento arraigado, los hombres que de aquí vayan harán que su labor, por gran entendimiento que tengan,

se estrelle contra el mismo desconocimiento que han de tener del camino que iban á emprender para llegar al corazón de aquellos hombres.

Ellos no son ciertamente peores que nosotros, sino que algunas veces he pensado si tendrán un alma aún más pura que la nuestra, tomada en general.

¿Cómo he de olvidar la noche pasada en Cabo de Agua y el respeto con que se me permitió que yo elevara mis oraciones á mi Dios? Desde el punto de vista católico, ¿cómo yo he de decir nada si he visto que se me consentía con tranquilidad mis oraciones, y yo, por consiguiente, con tranquilidad, admiraba las suyas á Alah? ¿Cómo he de olvidar aquella conversación tenida con tanto cariño para enseñarnos las reliquias de sus antepasados, ni cómo he de olvidar tantos recuerdos como de allí traje? Tampoco he de olvidar la tranquilidad con que me paseaba por mi habitación en Cabo de Agua, con toda seguridad de mi vida, y ¿cómo había de pasar una vida tan satisfactoria en ningún otro sitio, si sólo se hablaba de España, y se hablaba de España hasta con lágrimas en los ojos?

Si los hombres que prepara esta Academia, conociendo su lengua y sus costumbres, van allá haciéndose cargo de sus necesidades y estudiándolas bien, ¡ah! entonces la labor de España será pura y ciertamente fecunda y cumplirá su deber en la Historia y veremos cómo de este modo se va levantando la Historia de España, uniéndose á la Historia de Marruecos.

En la vida se realizan constantemente paradojas que desde Colón han tomado asiento con encarnación externa. Él buscó el Oriente tomando la ruta de Poniente, porque en el orden social no acontece lo que en el or-

den físico; andar siempre en determinada dirección es indispensable en el orden físico, en el orden social el camino no es único; todos los caminos van á Roma, y por eso decía aquel insigne filósofo y teólogo francés Mr. Bourgoing, que no hay prueba cristalizada para la demostración del dogma ni de ninguno de los principios sociales; puesto que todos los caminos van al mismo sitio, el mejor es el que encarna en la necesidad del momento; y entonces deben conocerse todas las circunstancias que rodean la acción y tomar el camino que más fácilmente llegue hasta entrar en el alma primero de ellos, dejándolos después el resurgimiento como semilla que fructifique en su corazón y que no ha de tardar mucho tiempo en dar el fruto que se busca.

He ahí lo que yo pretendía afirmar esta noche: que los momentos son difíciles, que yo invito á la Academia á que continúe prestando toda su atención á la enseñanza de esa juventud que ahora se prepara aquí para marchar á Marruecos, y poniéndose en el trance que corresponda, acudir al Poder público para que abra nuevas puertas, con objeto de que ese personal que allí se envíe, sea el que salga de esta Casa convenientemente preparado.

Al lado de ellos podrá haber todo aquello que en el orden científico ha de valer, y que al establecerse la cultura piensen que al lado de esos Centros Comerciales hispano-marroquíes se levanten también Centros de agricultores y de industriales, que no ha de ser sólo para el comercio la labor; que si levantinos y murcianos han comenzado su emigración á Marruecos, ¡ojalá que también la emigración de mi tierra fuese hacia allá!

En estos momentos tengo puesta la mirada en la del

gran Costa cuando él decía: la emigración es un hecho, y de él hay que partir para juzgarla; pero si en España no existe, será menester provocarla; porque España no resurge ni se levanta mientras los españoles permanezcan aquí inactivos; porque España no puede compararse á Inglaterra ni á Francia, en donde todo el suelo produce, mientras que España, mucha parte de su territorio está completamente abandonado y no produce.

Yo quisiera también que hacia Marruecos fuera la emigración de mi amada Galicia; yo quisiera que el gallego, trabajador y activo, que tanto anda y en todos los parajes de la Tierra se le encuentra, al abandonar su terruño emprendiera el camino de África, porque así estaría á las puertas de su Patria, por la que llora. No teme, no, atravesar el Atlántico y el Pacífico, pero son muchos días de viaje. Yo quiero verlo más cerca: en Ceuta, en Melilla, en Tánger. Quiero que en la costa Norte de África funde sus aldeas, llevando el fuego sagrado de la Patria, á semejanza de las legiones romanas, á fin de que, fecundadas con su labor persistente, lleguen á ser nuevos Santiago, Noya, Muros, Negreira, Villagarcía, Cambados, Coruña, Pontevedra, Orense y Lugo. ¡Qué dicha para mí si mis hijos leyeran los nombres de las aldeas y ciudades de Galicia en el mapa de Marruecos!

Podéis estar ciertos de que Galicia puede dar la vanguardia de la colonización de aquellas tierras vírgenes, con sólo poner en sus manos los aperos de labranza y el capital que necesita su fecunda acción y cultivo. Los gallegos allí fundarían sus colonias, confundiendo sus cantos con los cantos bereberes, y siempre alegres porque se estimaban cerca de la aldea originaria, á la que

podían volver rápidamente cuando las necesidades de la familia lo impusieran.

España no se levantará mientras que con Marruecos no liquidemos la cuenta de gratitud que está pendiente. España no está segura de su independencia si cualquiera otra nación anexiona ó protege á Marruecos.

Yo conjuro á mi Patria para que piense en su porvenir. Descansa éste en que su meridiano, á manera de arco iris, parta de las estribaciones del Pirineo y termine en el Atlas; de que su paralelo, eslabonándose en los Cabos de Finisterre y Creus, baje sin estrecharse hasta las más distantes estribaciones de la cordillera africana, y cruzado así el suelo de la Patria como si sobre él se levantara la cruz de Cristo, cumpliéndose la gran visión de Salvador Rueda, atravesando el mar, formara en América una confederación de las naciones que engendró, rindiendo de este modo su viaje á través de la Historia; pero como es matrona que jamás se vence, ni se seca ni se muere, ella seguirá produciendo hijos que sean los mejores habitantes que hubiese en África, á quien redimimos, y en América á quien civilizamos; y los hijos que España lleve á ellas que den lugar á que sea siempre alabado el nombre de la madre Patria, mereciendo la veneración de esos dos pueblos en recompensa del aliento que en su administración y progreso dejen los hombres que esta Academia forma y prepara destinándolos á ser base de esta raza latina, en cuya cúspide se lea el nombre de España.
